

# FIN DE SIGLO

## *El pase automático ataca de nuevo*

**E**l *pliego petitorio* (por llamarle de algún modo) del CGH –Consejo General de Huelga– (por de algún modo llamarle), que hasta hoy 10 de noviembre tiene secuestrada a la Universidad Nacional de México (por modo de algún llamarle) es un documento por muchos conceptos inolvidable.

Llamar “peticiones” a las exigencias no es el menor. Incluso dentro de la retórica revolucionaria, tiene gracia que el CGH posea tan buenos modales. Es como llamarle “solicitud de pago por honorarios profesionales” a la nota de rescate que se le entrega a la familia de un secuestrado. La sexta de estas “peticiones” me interesa hoy. Dice a la letra: “Rechazo al Examen único de bachillerato y al Examen general de egreso de la licenciatura”.

En la superficie, la petición sólo engorda el pliego; más adentrado revive una conducta que duró muchos años hasta que el rector Barnés la erradicó hace dos años (el pase automático), y en el fondo insiste en que la UNAM carezca de relaciones académicas con cualquier instancia que no sea ella misma (pues tales exámenes dependen del Ceneval, Centro Nacional de Evaluación). ¿Por qué será que el PRD insiste en modificar la ley orgánica de la UNAM por vieja, y a la vez defiende que, por vieja, se reviva una prerrogativa como el pase automático? Misterio. Insistir en que la UNAM, por ser autónoma, no tiene por qué sujetarse a procesos de evaluación nacionales, ignora –u olvida prudentemente– que el modelo que tomó el Ceneval para evaluar es precisamente el de la UNAM. Postular una UNAM que pueda prescindir de cotejar la calidad de su trabajo con la realidad, acabará por hacerla no sólo autónoma, sino autosuficiente.

Esta insistencia parecería apuntar también a la posibilidad de que la UNAM sea refundada, en su “congreso resolutivo”, sobre principios tan democráticos y populares que, a la hora de lo académico, produzcan graduados muy poco competentes en evaluaciones a cargo de instancias menos democráticas y populares. El hecho de que una UNAM gobernada por el PRD o sus avatares universitarios erradique la evaluación de ingreso o egreso, por considerarla antidemocrática, o clasista, o racista, o atentatoria contra la dignidad de la persona humana, producirá decenas de miles de profesionistas a los que más valdrá no examinar fuera de su paraíso, pues suponen que su paraíso se extenderá hacia otras demarcaciones. Ya llegará el momento en el que, ante el desempleo de sus graduados, paralizarán la ciudad con otro *pliego petitorio* que exija que todos los médicos de los hospitales públicos, por ejemplo, sean egresados de la UNAM. La sexta petición del CGH es la única que roza la realidad académica; todas las demás son de orden burocrático. No está mal, tratándose de una universidad. De entrada, esto ya sugiere, en tanto que exenta por decreto a sus educandos de

cualquier examen vigilado desde afuera, el feliz ambiente de lasitud moral e intelectual con que sus promotores piensan hospedarse en la “máxima casa de estudios”.

Por otro lado, rechazar los exámenes me parece de lo más congruente con la idiosincrasia nacional. Es una petición tan articulada como aquella que “pide” que la realidad sea gratuita, en lo general y en lo particular. No deja de haber cierta lógica en esta institucionalización de la lástima y el menor esfuerzo: que la educación superior sea gratuita en lo económico, halla su correlativo en que sea gratuita también en lo académico: al alumno ni le costará dinero entrar, ni le costará esfuerzo mental ingresar a la primera universidad *welfare* del mundo.

A los mexicanos nos incomoda que se nos ponga a prueba; nos ofende que alguien ose poner en tela de juicio virtudes que presentimos innatas o, peor aún, que confundimos con nuestros “derechos” de mexicanos. Preferimos el apapacho y la lástima. Históricamente privados de una cultura que propicie el examen y, sobre todo, el autoexamen, rechazamos con mayor ahínco aún que venga de fuera. Nuestra hostilidad hacia el mundo quizás consista en que nos sentimos examinados por él, y, claro, reprobados. Luego, a fuerza de folclor o de ternura, procuramos atenuar su rigor. Consideramos nuestra natural simpatía como un mérito superior al del conocimiento, y a nuestras puras ganas como un atenuante frente a cualquier disciplina. Todo examen es entendido como una intromisión en nuestra precaria seguridad, que no se siente a gusto si no se le otorga una exención incondicional de leyes y reglamentos por el puro hecho de ser simpáticos y tener una identidad en crisis a fuerza de injusticia histórica.

¿Cómo entender de otro modo que unos vulgares exámenes, idénticos a los que las personas presentan a diario en las instancias de la realidad, se conviertan, *en una universidad*, en motivo de querrela y en reivindicación política? Por el modo político: para los líderes históricos de la UNAM, los cuarenta mil individuos que fracasan a la hora de demostrar sus conocimientos en un examen de ingreso no son cuarenta mil individuos a los que no les dio la gana estudiar lo suficiente, sino las víctimas de una injusticia social: hasta la elección del genérico “los rechazados” subraya esa pasividad. Pero en un giro típico del sentimentalismo político, la ineptitud individual se traduce instantáneamente en aptitud social y la incompetencia privada en la injusticia institucional de la que viven los partidos políticos.

Las reticencias ante los exámenes se explicarían por muchas razones: un examen singulariza, somete nuestra subjetividad a la objetividad de las cosas, nos pone en juego, le pone cifra al desempeño, tatúa nuestro expediente. El sentimentalismo

